

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Clamar desde la profundidad Salmo 130
(9días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Clamar desde la profundidad Salmo 130 (9días)

Día 1

Sal. 130:1-8

Este salmo pertenece a los salmos de arrepentimiento y lamento. En forma especial expresa lo más importante de la fe cristiana: el perdón de pecados y la redención del pecador por la gracia de Dios. “De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo”. Aquí el salmista describe el lugar de su posición actual. Parece ser que llegó al punto más bajo de su vida. Más bajo ya no se puede llegar. Con su aflicción y desesperación se dirige con ruegos intensos a Dios.

¿Era su propio fracaso que le llevó a ese punto tan profundo? ¿Puede ser que su vida pasó como una película delante de él descubriendo su pecado? ¿Habría sentido profundo dolor por los pecados no perdonados? ¿O era el sentir que la presencia de Dios estaba muy lejos? ¿Estaba por el suelo y en soledad? ¿Cuál era la razón de su amarga desesperanza? ¿Habría tenido el pensamiento de que Dios ya no lo consideraba?

A pesar de todo, el salmista se dirige a Dios en esta tremenda crisis: “Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi suplica.” Con su última fuerza clama en su situación sin salida al Dios vivo y verdadero. Él pide Su atención: Señor, ten un oído para mí, escúchame.

Ya aquí se ve claramente que este salmo tiene otra importancia que la mayoría de los salmos. No se habla de bendiciones terrenales, protección o guía de Dios. Aquí clama alguien por una cosa más importante: que Dios le perdone su pecado. Este camino está abierto para nosotros también. (Lea Sal. 51:1-4.7-12; Ef. 1:7)

Día 2

Sal. 130:1-3; He. 12:1

“De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo.” La miseria del salmista debe haber sido muy amarga y su desesperación muy profunda. Aparentemente no se originó por circunstancias externas. Su interior, su corazón estaba desolado. Puede ser que en esta situación tan desesperada él no pudo hablar coordinadamente. ¿Está permitido llegar delante de Dios con pensamientos y palabras no estructurados? El erudito italiano Ibn Yachya (Gedaljah ben Joseph, 1515-1587) escribió: “Cuando la opresión de mi miseria es tan grande que no pueda ya orar en forma sensata, entonces oro a pesar de todo a ti, para que aceptes mis miserables gritos así como si fuera una oración bien formulada.” La oración no es cuestión de expresiones bien formuladas. Orar es un asunto de corazón. Delante de Dios podemos derramar nuestro corazón cargado y confesar nuestros fracasos. La culpa reconocida a la luz divina no debe atormentar ni un momento más al orador. Él la expone delante de Dios. Él reconoce su pecado. El concepto hebreo que se usa aquí por pecado expresa que se trata de injusticia en lo interpersonal y además hay que pensar en las dolorosas consecuencias de la culpa. Podemos ilustrar este aspecto con el ejemplo de una bola de nieve: Cuanto más vuelta da en la nieve, tanto más grande se hace.

Puede ser que alguno sienta la voz de la mala conciencia al hacer algo incorrecto, pero sigue igualmente hacia adelante, sin pensar en las consecuencias para sí mismo y para otros. “El perdón es el aceite que permite una convivencia sin roces dolorosos tanto en la familia cristiana como también en la iglesia” (J.E.Adams; lea Mr. 11:25.26; Mt. 5:23.24).

Día 3

Sal. 130:1-3; Mal.3:2

“Jah (Yahveh), si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” ¿Cómo reaccionamos a la mirada escudriñadora de Dios? ¿Acaso como Caín? Cuando éste había asesinado a su hermano Abel, Dios se le enfrentó. Pero Caín esquivó su responsabilidad y

atrevidamente preguntó a Dios: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Esa falta de responsabilidad pesa aún más, porque Caín ya esquivó a la mirada de Dios cuando su maldad ardía en su corazón y no se dejó frenar por la exhortación de Dios (Gn. 4:5b-7). Después del asesinato y del anuncio de su sentencia de parte de Dios, Caín niega nuevamente su responsabilidad ante la iusticia: “Grande es mi castigo para ser soportado” (v.13).

La relación de nuestro salmista hacia Dios es muy diferente. Él sabe: Dios pone la vara de la medida correcta para lo justo y lo injusto. Con todo lo que soy y tengo soy responsable delante de Él. Dios me conoce totalmente, no puedo ni quiero disimular nada delante Suyo. Ante Él puedo lamentar y confesar mis pecados.

Aquel que ha observado y experimentado personalmente que cada pecado deja huellas sucias y heridas y que cada injusticia trae consigo otra más, confesará que no podrá nunca mantenerse en pie delante de Dios. Lo único sería que podamos reconocer en la insobornable mirada del examinador también la mirada amorosa del misericordioso y bondadoso; la mirada de aquel en el cual se encuentra perdón. “El orador no se hunde desapareciendo en la desesperanza de la culpa. El hecho de poder hablar del asunto y acercarse a Dios en su aflicción, ya es el comienzo de la liberación del círculo vicioso”, lo cual significa que el pecado siempre da a luz otro pecado (C.Hardmeier). (Lea Jonás 1:1-6.11.12.15.17; 2:1-10.)

Día 4

Sal. 130:4; Is. 55:7

Sea lo que fuere que hubiésemos hecho, nuestro Dios es amplio en perdonar. ¿Cómo podemos estar seguros de esto? “Si Dios perdona pecados, no lo hace por algunos sentimientos. El perdón no es un sentimiento. Si lo fuera, no sabríamos nunca, si hemos sido realmente perdonados. No, cuando Dios perdona, el perdón es una realidad, porque Él lo declaró diciendo: ‘no me acordaré de tus pecados’ (Is. 43:25). Esto nos lo hace saber. Si el perdón fuera solamente una experiencia emocional, entonces nunca estaríamos seguros de haber sido perdonados. El perdón es un proceso en cuyo final Dios afirma que el problema del pecado está resuelto de una vez para siempre. ¿En qué consiste la declaración de Dios? ¡En que Dios da una promesa! El perdón no es un sentimiento, el perdón es una promesa. Si Dios nos perdona, entonces promete que nunca jamás pensaría en nuestros pecados. Esto quiere decir: Yo no hablaré nunca más acerca de esto, ni delante de ti ni ante cualquier otro. No pondré esta cuestión nunca más en contra tuyo. Una vez se le preguntó a Martín Lutero, si sentía que sus pecados han sido perdonados, por lo que respondió: ‘No, no siento si estoy perdonado; yo sé que soy perdonado, porque Dios lo dice en Su Palabra’” (J.E.Adams). “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1.Jn. 1:9; lea Jer. 31:34; 33:8). Dios quiere lo mejor para nosotros cuando se nos acerca de esta manera con Su perdón. Nuestra confesión del pecado y nuestra petición de perdón, no lo debemos tomar como una carga, sino como un regalo de Dios, como ayuda liberadora y felicidad inmerecida.

Día 5

Sal. 130:4; Pr. 28:13

“Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado.” Dios no rechaza al pecador que se acerca a Él para pedirle perdón. Aunque la paga del pecado es la muerte Dios no quiere la perdición, sino la salvación del pecador. Este es el gran regalo del amor y de la misericordia del Señor. Si nos acercamos a Él y le confesamos nuestros pecados, Él nos muestra Su fidelidad y nos otorga el completo perdón.

“Para que seas reverenciado.” Nadie teme al Señor más que aquel que ha experimentado el amor del Dios que perdona. El agradecimiento por el perdón produce mucho más temor de Dios y deseo de honrarlo que el tremendo susto por el juicio venidero. Si el Señor

ejercitara Su justicia sobre toda la humanidad, nadie le temería; desesperación nos sobrevendría si conociéramos sólo Su ira. Sin embargo la gracia nos llena con santa reverencia y nuestro corazón de temor de ofender a Dios.” (C.H.Spurgeon) Temer a Dios es más que un “estremecerse” por Su santidad, aunque esto puede ser un efecto del encuentro con el Señor; por ejemplo Gn. 28:17; Éx. 3:6.

La cuestión del temor de Dios nos pone ante la seria pregunta respecto a nuestra manera de vivir como Sus redimidos: “Ahora, pues, Israel, ¿que pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma” (Dt. 10:12; comp. Mi. 6:8) Temer a Dios y reverenciarlo significa vivir de la manera como a Él le agrada. ¡Qué gran exigencia! Pero no tenemos que vivir de nuestros recursos, sino de los de Dios: de Su amor, de Su gracia, de Su perdón. (Lea Jn. 8:1-11; Ro. 5:1.2.5; 1.Co. 1:30.)

Día 6

Sal. 130:5-7; 33:18.20

“¡Esperé yo a Jehová!” No sólo el salmista, muchos hombres de Dios esperan Su ayuda y Su intervención. Algunos de ellos se preguntan por qué Dios no responde más rápido y obra. En aquel entonces, cuando los israelitas finalmente salieron libres de Egipto, de nuevo los egipcios los atacaron. En su angustia clamaron al Señor, pero en el mismo momento culparon a Moisés por este problema. No había tomado en serio El propósito del Señor: “Yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy el Señor.” Dios cumplió Su Palabra y no perdió de vista a Su pueblo, sino lo redimió maravillosamente y en el tiempo preciso. (Lea Éx. 14:1-31.)

¿Cuánto tiempo tuvo que esperar Abraham el cumplimiento de la promesa de Dios? ¿Cuántas lecciones acerca de la confianza en las promesas de Dios habrá tenido que aprender? El obrar en su propia fuerza solo trajo problemas a la familia. Pero viendo su vida retrospectivamente dice: “habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa” (He. 6:15).

Esperar no es solo algo externo, sino una cuestión de corazón, “mi alma espera”. Es bueno hablar con el Señor con tal intensidad. Si el Señor nos hace esperar, lo haremos de todo corazón. Él merece que esperemos en Él. Los tiempos de espera serán bendecidos para nosotros: La fe es probada, la paciencia ejercitada, y la obediencia al Señor es exigida vez tras vez. En las etapas de espera en nuestra vida, el Señor en quien confiamos, nos transformará, para que seamos más semejantes a Él.

Día 7

Sal. 130:5.6; 119:147

“Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana.” Esto dice uno que espera con profundo anhelo el hablar y actuar de Dios. Una vez más preguntamos: ¿Por qué Dios no interviene más rápido o más visiblemente?

Ahí estaban los discípulos en la barca en el mar de Galilea, un lago que estos pescadores profesionales conocían muy bien por sus peligros y sorpresas. Entonces vivieron esa noche de tormenta inolvidable. Estos hombres experimentados en las inclemencias naturales experimentaron angustia mortal. Recién cerca del alba, en la cuarta vigilia, entre las tres y las seis de la mañana, llega la intervención y ayuda de Jesús. ¿Por qué estaban impotentes en esta tremenda tormenta? Pedro, el discípulo seguro de sí mismo, aprendió en aquella noche una nueva lección respecto al tema “falta de fe y confianza”. A los otros discípulos se les prendió una luz: “Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.” (Lea Mt. 14:22-33.)

¿Por qué Dios no viene en nuestra ayuda de la manera que queremos? El profeta Malaquías nos da una pista importante (3:3). Él compara a Dios con un platero.

Observemoslo al afinar el oro en el horno ardiente. Nos preguntamos porqué no pone el oro líquido enseguida en el molde preparado, sino lo mantiene encima de la llama. Entonces nos explicará que el oro se puede utilizar recién cuando todas las escorias fueren quitadas. Sólo el profesional conoce el momento preciso. Así también nuestro Dios conoce el tiempo exacto, Él tiene un propósito espiritual con el “proceso purificador”: 1.P. 1:7-9.

Día 8

Sal. 130:5.6; 40:1

Una vez más nos preguntamos por qué Dios no actúa más rápido en situaciones de extrema necesidad: A veces Dios utiliza una situación difícil de los Suyos, para que otros vean el gran sostén que otorga la fe. Una consejera pastoral cuenta: “Recuerdo una mujer muy enferma. Su estado empeoraba de una semana a la otra. Sin embargo cada visita a su cuarto se tornaba en una “hora santa”. A pesar de gran debilidad y dolores a veces inaguantables, el centro de nuestra conversación no eran su estado o su enfermedad. Compartir la Palabra de Dios y la oración eran lo más importante para ella. Su confianza práctica y vivida aún en horas muy oscuras, y su gozo y esperanza del cielo eran para varias visitas motivo de reflexionar acerca de una fe tan esperanzadora. A veces Dios honra a una persona dándole fuerza en medio de mucha necesidad, para mostrar a otros lo que consigue la firme confianza en Dios.” (Lea Sal 68:19; 63:5-8; 1.Co. 10:13.)

Cualquiera sea nuestra situación, debemos sostener firmemente: El pueblo de Dios siempre era un pueblo que esperaba, “más que los vigilantes a la mañana” esperaba la venida del Señor y ahora espera Su segunda venida. También ha esperado el perdón y ahora espera la santificación completa. Los creyentes han esperado en lo profundo; ellos clamaron por ayuda y esperaron; y su oración produjo paciencia. “Espero en tu palabra.” Esta es la fuente de fuerza para poder esperar. Ellos son fortalecidos así y pueden pasar la larga noche de sufrimiento, esperando la mañana de salvación y gozo. Leemos la Palabra de Dios mientras esperamos. La creemos, esperamos en ella y vivimos según esa Palabra. La Palabra de Dios es un fundamento firme, sobre el cual puede descansar nuestro corazón mientras esperamos. (Lea Sal. 13:1ss; 22:4-7; Jer. 15:16; Fil. 3:20; Tit. 2:13; 2.P.3:13.14.)

Día 9

Sal. 130: 5-8

“Espere Israel a Jehová.” El Señor es el Dios de Israel, por eso debe poner su confianza sólo en Él. Lo que hace *uno* del pueblo (“mi alma esperó a Jehová”), deben hacerlo todos. El que se pone de ejemplo, puede animar a otros y exhortarlos a no perder su confianza en el Señor. Pues Dios planeó grandes cosas para con Su pueblo. Por eso los Suyos deben tener también grandes esperanzas. Nadie debe ahogarse en las profundidades. Nadie tiene que abandonarse y quedar tirado y destruido en el suelo. “Porque en Jehová hay misericordia.” La misericordia es parte de la manera de ser de Dios. “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia” (Sal. 103:8). Nuestro consuelo no existe en lo que somos y tenemos nosotros mismos, sino en lo que Dios es y tiene para nosotros. ¡Quitemos la vista de nuestra pobreza y pongámosla en las riquezas que tiene el Señor!

“Abundante redención hay con él.” Como Dios en aquel entonces salvó a Su pueblo de la esclavitud de Egipto por la pascua, así nos salva hoy del poder de Satanás por el verdadero Cordero de la pascua: Cristo. (Lea Éx. 12:1-8.11-14.21-31.41.42; He. 11:28; Jn. 1:29; 1.Co. 5:7; 1.P. 1:18.19; Ap. 1:5b; 5:6.)

La gracia de Dios y la realidad de la salvación son razones suficientes para poner toda la confianza en Él. También y aún más en las profundidades de la vida. “¿Acaso estas profundidades no son consuelo maravilloso de parte de Dios para todos aquellos que claman a Él desde sus aflicciones? ¿No sería mejor estar con el salmista en las profundidades y esperar en la gracia de Dios, que estar parado en las alturas y jactarse de la propia justicia imaginada?” (C.H.Spurgeon)

